

El imperio seléucida, que parecía expirar con las ignominias de Trifón, tuvo, durante su agonía, una inesperada vuelta a la vida. Un hijo segundo de Demetrio I, oculto hasta entonces en Sida, anunció en 138 que restauraría el reino de sus padres y que echaría al usurpador que lo había deshonrado. Por su valor y capacidad restableció Antíoco VII el Sideta, durante diez años, el fuerte mecanismo creado por Seleuco Nicator. Los privilegios otorgados al sumo sacerdote judío habían sido un resultado de la decadencia del poder central de Antioquía. El renacimiento del reino seléucida había de sugerir la idea de suprimir estos privilegios y volver la guarnición siria a Jerusalén. En su primera época, mientras era débil, Antíoco Sideta hizo lo que todos los pretendientes sirios: guardó miramientos a Simón, renovó sus títulos, reconoció la cuasi-autonomía de su etnarcado y aceptó su ayuda para vencer a Trifón en Dora.

Al verse en el poder, rompió con Simón. Le reprochó como usurpaciones la toma de la ciudadela de Jerusalén y la ocupación de Gezer y Joppe, porque aquellos tres puntos formaban parte del dominio inmediato de su reino. Simón había oprimido con medidas vejatorias a los súbditos del rey. Le mandó devolver las ciudades de que se había apoderado, pagar los tributos que éstas debían e indemnizar los daños causados a bienes y personas, o, en su defecto, entregar en seguida mil talentos.

Simón se defendió como pudo. Israel no había hecho más que recobrar lo suyo. Joppe y Gezer habían destruido a Judea, y los judíos habían tomado represalias. Simón aceptaba, si acaso, pagar cien talentos.

El consejero Atenobio puso furioso al rey notificándole esta respuesta y diciéndole el lujo que había observado en Simón. Antíoco resolvió hacer la guerra a los judíos, y encargó de la expedición al general Cendebeo, nombrándole gobernador de la costa de Fenicia. Cendebeo instaló su cuartel general en Iabné y empezó a molestar a Judea. Edificó cerca de Modín, a la entrada de los desfiladeros que llevan a Jerusalén, una ciudad o mejor dicho un campamento atrincherado y fortificado llamado

Kedron. Juan Hircano, hijo mayor de Simón, vigilaba todo esto desde Gezer. Su padre le encargó, mancomunadamente con su hermano Judá, del cuidado de toda la campaña. Juan fue digno de su raza, y formó un buen ejército, con algo de caballería, que hasta entonces no habían tenido los judíos. El enemigo se resguardaba tras un torrente crecido con las lluvias del invierno. Juan salvó el obstáculo y venció a Cendebeo. El ejército de éste, disperso, se refugió en castillos cerca de Azote. Juan quemó a Kedrón y volvió vencedor a Jerusalén.

Bella fue la victoria, pero no definitiva. Nunca hubiera podido resistir Judea al esfuerzo bien combinado de todas las fuerzas seléucidas. Para mayor desgracia, murió Simón de la manera más desastrosa. La familia asmónea, al llegar al poder, adquirió las costumbres detestables de las dinastías de aquel tiempo. Los asesinatos entre miembros de la misma familia eran diarios. Simón tenía un yerno llamado Tolomeo, al que había hecho gobernador de Jericó, y que enriquecido gracias a la protección de su suegro, ideó matarlo, y ocupar su puesto. El anciano pontífice solía hacer visitas de inspección a las ciudades de su territorio. Fue a Jericó con sus hijos Mattathiah y Judas (febrero 135 antes de Jesucristo), y en vez de hacerlos entrar en la población, Tolomeo los recibió y les dio un banquete en el fuerte llamado Dok. Ebrios Simón y sus hijos, Tolomeo y su gente se echaron sobre ellos, y los mataron, así como a sus servidores. Otros asesinos fueron a Gezer para matar a Juan Hircano, pero éste fue avisado y los asesinos muertos a su llegada.

¿Tolomeo habría acordado aquel crimen con Antíoco Sideta? Posible es. Sin embargo, en tal caso, Antíoco habría sostenido a su cómplice, y le abandonó completamente. Tolomeo, frustrado su intento para matar a Juan, se encerró en una fortaleza llamada Daggón, cerca de Jericó. Sitiado por Juan Hircano, pudo escapar y refugiarse en casa de Zenón Cotilas, tirano de Rabbat Amón.

Puesto que el principado y sacerdocio eran hereditarios, sucedió a Simón Juan Hircano. Aparte del horrible episodio de Tolomeo, la familia asmónea demostró en sus primeros tiempos costumbres superiores a las del pueblo sirio de aquella época. Pero no tardó en predominar el medio ambiente, y en aquella familia hubo casi tantos crímenes como en las peores dinastías de los países cercanos.

Antíoco Sideta estaba empeñado en conservar sus derechos sobre Judea, por lo menos sobre las ciudades anexionadas por Jonathán y Simón. Sitió a Jerusalén, que se defendió enérgicamente. Por poco se pierden las conquistas de los hermanos asmóneos, pero afortunadamente Antíoco estuvo muy moderado. Limitó sus exigencias al pago de un tributo por Joppe y poblaciones anexionadas o recuperación de éstas, guarniciones griegas en ellas, y libertad de vivir según la ley para los judíos. Se evitaron las guarniciones a cambio de una cantidad de quinientos talentos, trescientos de ellos entregados en el acto, y sacados los demás de las excavaciones hechas por Juan Hircano en la tumba de David. Le entregaron rehenes, entre ellos el hijo de Juan, y se derribaron los muros de Jerusalén. Retiróse el rey habiendo demostrado, según se dice, su respeto al culto judío. Posible es que la mediación de los romanos no fuese extraña al modo inesperado como escapó

Israel de esta prueba que pudo ser la más grave de las que había sufrido.

Probablemente Juan Hircano reflexionase durante el sitio y se reconciliase con Antíoco Sideta. En efecto, desde entonces hasta la muerte de Antíoco (128 antes de Jesucristo) vivieron en muy buenas relaciones. Juan Hircano recibió magníficamente al rey en Jerusalén y le acompañó con sus tropas a la gran expedición contra los Partos. El rey de Siria le consideró mucho y se prestaba a sus escrúpulos religiosos, hasta el punto de haberse detenido dos días en un sitio, porque una de las fiestas judías impedía viajar a Juan Hircano. Con éste comenzaron los judíos a mezclarse con la gente aristocrática y a figurar gracias a sus riquezas. Fue un príncipe judío muy diferente de sus antepasados, que no tenían roce ni mezcla con el mundo exterior.

¿De aquel ejército de santos, presentado treinta años antes en el libro de Daniel, como destinado a fundar un reino entero, qué se había hecho? Tanta visión, tanto entusiasmo y tanto martirio sólo habían originado un etnarcado de pocas leguas de ancho y de largo. La intolerancia era la única realidad palpable de todo aquello. ¡Qué desilusión! Pero los santos sólo conocen desilusiones hasta que un día tienen razón. El espíritu de Daniel no ha muerto. Aparecerá de nuevo con Jesús. Siempre habrá en Israel profundos soñadores que sostendrán que no se ha realizado la obra de Dios hasta que reinen los verdaderos santos.

Se estableció desde muy temprano la epopeya macabea. Los que habían participado de aquel período heroico gustaban de contar sus rasgos más salientes. El valor admirable de los mártires inspiró relatos legendarios. La vida aventurera de Jonathán contenía episodios que recordaban los de la juventud de David leídos en el segundo libro de Samuel. La parte religiosa y la aventura no se compaginaban muy bien. La profana se fijó después, en hebreo, en lo que llamamos el «primer libro de los Macabeos»: la piadosa fue redactada por primera vez en griego por Jasón de Cirene, cuyo libro original se ha perdido, pero cuyo extracto está en el segundo libro de los Macabeos. Jasón de Cirene escribía más para edificar que para contar. Era creyente exaltado en la resurrección, de la cual saca sus últimas consecuencias.

La creencia piadosa adelantaba en gran manera, mientras el judaísmo burgués no salía de su corrección rutinaria, de su fe exagerada en el valor de las prácticas. Por el estilo y las ideas, Jasón de Cirene da la mano al Evangelio. Nunca habla del Mesías personal, pero demuestra mejor que otro texto cómo Israel tenía ya creencias cristianas, destinadas a ser las de la humanidad.